

Autor: Perera Robbio, Alina.
Titulo: Pálpito.

Fuente: Juventud Rebelde. 13/03/05 pag.: 03

Pálpito.

UN estremecimiento, una sacudida electrizante, un nudo en la garganta, sentí el martes pasado mientras recogía, por razones del oficio, sentada en la Sala de Prensa del Palacio de las Convenciones, las ideas que Fidel compartiera allí con un auditorio abrumadoramente femenino.

Escuchaba tranquilamente un discurso que la Isla toda ha recibido como trascendente. Sonreía hechizada con una disertación alentadora, optimista, salpicada de la gracia tierna que nace del hombre pendiente de los detalles más insospechados.

Iba yo de un concepto en otro, como la brizna sobre las olas, como llevada del toque de la flauta mágica: viajaba de lo que ha sido la Isla golpeada por las ausencias del fluido eléctrico, a la resurrección de las juntas para ollas de presión, al tiempo de cocción de los alimentos en una olla arrocera, al aroma del café puro, a la exquisitez espesa y reparadora del chocolate, al hilillo de luz que se divisa con el tan medular asunto de la vivienda, a los milagros obrados y por obrar en un país colosal en cosas del espíritu.

Pero hubo un punto del discurso en que francamente sentí un salto. Fue en los instantes en que el líder de la Revolución, en una suerte de diálogo con una historia de sueños y resistencias, compartió esta certidumbre: Vamos bien, Camilo; vamos bien, Che; vamos bien, compañeros caídos en el Moncada y en el Granma; vamos bien, compañeros caídos en la Sierra y en el llano; vamos bien, compañeros caídos en Girón; compañeros caídos en la lucha contra bandidos en el Escambray; compañeros caídos en la lucha internacionalista; hombres y mujeres que murieron como consecuencia de los actos terroristas y los crímenes del imperio; compañeros internacionalistas que se llenaron de gloria liberando pueblos; compañeros luchadores que derramaron sudor y mucho sudor para llegar adonde hemos llegado; aquellos que cortaron caña, aquellos que dieron su vida por la Revolución; aquellos que durante más de 40 años han trabajado con extraordinario fervor...

Y eso fue para mí lo más hondo de todo lo escuchado, lo que avivó en mi memoria las estampas de quienes han echado raíces sobre el país fatigado por el odio infinito del enemigo, y a pesar de todo tan preñado de vida.

Como en un collage de imágenes, como parados sobre un monumento, asomaron los ancianos humildes, los hombres de manos rudas y rostros surcados de esfuerzo, la gente que se levanta a luchar, todos los días, y se transporta a golpe de puro empeño, las mujeres que se paran invictas, a la hora pico, frente al fogón, las mismas que hace más de una década escucharon decir a Fidel que cuidaran sus prendas de vestir, porque se avecinaba el paso devastador del período especial, ese tren cuyos últimos vagones aún hollan nuestra cotidianidad.

Ante mí se dibujaron, en todo su colorido, los maestros incansables, de figura humilde; los médicos con una consagración a prueba de todos los vendavales (esos cirujanos que muchas veces, atizados por una operación urgente, se han olvidado hasta de comer); los profesionales amantes de su profesión, así esta les depare insuficientes dividendos; los "inadaptados, como llamo yo a

quienes han esperado, terca y esperanzadamente, a que el país emerja para hacerlo ellos.

Pensaba mientras escribía la noticia contra cierre, ese 8 marzo, en todos los artífices de nuestra resistencia, en ellos que no han creído en naufragios, en los que emprendieron la carrera por la vida -sin siquiera tener tiempo de mirarse en los espejos-, y lo hicieron para hacer posible el sueño de nuestros muertos, en quienes han conformado el cuerpo majestuoso del milagro que es haber llegado hasta aquí y continuar.

Y era como para saltar del asiento. Porque, aunque la resistencia vale la pena por sí misma, por la dignidad que entraña, empezar a tener evidencias de que siempre hemos tenido razón en nuestras terquedades, de que los pillos tienen corto el camino y los buenos, a la larga, gratificaciones, merecía un palpito en lo más profundo, una emoción reconcentrada por descubrir el sentido atesorado en la lucha y la espera.